

LA REPÚBLICA

SEMANARIO POLÍTICO

DIRECTOR DON MANUEL TRIGUEROS OCHOA

VE LA LUZ LOS DIAS 4, 11, 18 Y 25 DE CADA MES

AÑO II || CÁDIZ 25 DE FEBRERO DE 1898 || NÚM. 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cádiz, 1 pta. al mes. — Fuera de la capital, 3 ptas. trimestre. — Pago adelantado. — Número suelto, 25 céntimos.

SUMARIO

- I El pueblo obrero. — II Impresiones. — III Balance político. —
IV Nuestra organización. — V Cómo y por qué se perdieron
los reinos hispano-americanos. — VI Algo de milicia: ¿Revisión
de las hojas de servicio...? — VII Enseñanza. — VIII La
Caretta. — IX Variedades: Los de arriba y los de abajo. —
X Murmullos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Círculo Republicano, Bilbao 11

CADIZ

LA REPUBLICA

Semanario político

ÓRGANO DE LA FUSIÓN EN LA PROVINCIA DE CÁDIZ

Dirección y Administración: CÍRCULO REPUBLICANO, Bilbao, II

AÑO II. Cádiz 25 Febrero 1898. NUM. 12.

El pueblo obrero

¡Qué responsabilidad tan inmensa contraen ante la sociedad y ante la Historia los actuales gobernantes de nuestra hermosa ciudad!

¡Qué enorme peso habrá de gravitar eternamente sobre sus adormecidas conciencias, cuando al despertar de la embriaguez que en ellos por condición de su propia pequeñez produce el mando, recuerdan que derrocharon en efímeras cuanto improductivas bacanales públicas, sumas que debieron invertir en proporcionar trabajo á esas honradas y laboriosas clases obreras que fustigadas por los horrores del hambre, acuden humildemente á todos los poderes de la nación solo á pedir trabajo, para con su exiguo producto redimir de las crueles torturas de la desesperación y de la miseria á sus pobres familias relegadas perpétuamente á todo género de privaciones por la absoluta carencia de medios con que atender á las más perentorias necesidades de la vida, que salvo en algunas ocasiones generalmente sufren!

¡Qué desconocimiento tan perfecto de los deberes que les imponen el desempeño de esos cargos que ejercen!

¡Qué indiferencia tan irritante ante el dolor y las penalidades del prójimo!

La prolongada crisis que tanto en la localidad cuanto en la mayoría de los pueblos de la provincia sufren nuestros obreros, parece que debió preocupar á cuantas personalidades ejercen cargos públicos hasta el extremo de obligarlos por expreso mandato de la conciencia, de procurar á todo trance trabajo á esa sufrida clase jornalera, sosten el más firme y seguro de la sociedad.

Pedir que obraran los actuales mandarines impedidos á impulsos de esos sentimientos caritativos que la cultura de la actual época nos exige á todos, sería pedir verdadero é irrealizable imposible. Nada les importa el presente, ni jamás hubo de conmoverlos, ni siquiera hacerles sentir nimia y efímera contrariedad, las penalidades del pueblo obrero. El egoísmo por la propia conservación, unido á la carencia total y absoluta de ideas de confraternidad y el miedo á esas hon-

radas masas obreras, los perturba hasta el extremo de envolver aquellas ennegrecidas conciencias en las nebulosidades á que los arrastra el temor infundado de que los hijos del trabajo, los eternos parias de la sociedad, los que nacen y se desarrollan sintiendo constantemente á su alrededor los quejidos de la desesperación y solo aspiran el fétido hálito de la miseria, puedan perturbar la tranquilidad pública perjudicando sus ajotismos y sus inicuas explotaciones.

Entonces, aparentan estar afectados ante la miseria que atormenta al pueblo y sentir las crueles angustias que los affige y tratan de remediar esos males dando aparatosamente algunas hogazas de pan que distribuyen no sin humillar antes hasta la saciedad, á los que se ven por desdicha obligados á recibir aquella limosna para aplacar el hambre de sus hijos.

¡Limosna de pan á los obreros!

¡Qué insulto tan sangriento!

A ellos que tejen las delicadas y hermosas telas que envuelven las formas esculturales de las hijas y de las esposas de aquellos que los explotan; mientras las suyas van vestidas de harapos, sufriendo las inclemencias y los rigores de todas las estaciones.

A ellos, que labran y adornan artísticos y suntuosos edificios que sirven de albergue á los favorecidos de la fortuna, moradas en que generalmente se dilapidan cuantiosas fortunas, donde existen la holganza, las immoralidades y los vicios, mientras los que arrosaron las penalidades del trabajo hasta dar término á la obra, habitan miserables tugurios lóbregos é infectos, resultando peor alojados que los perros y los caballos de los poderosos.

A ellos, que velan durante las horas naturales del descanso para elaborar el pan cotidiano y van luego á arrojarles, nivelándolos con los mendigos, esas afrentosas limosnas que dictan nó la conmiseración y la caridad, sí el egoísmo y el miedo.

Allá en anteriores épocas, tan calamitosas como la actual para el pueblo trabajador, surgió una idea entre los enemigos eternos del proletariado, que creyeron aquellos que hubieron de concebirla y lo propio los que la patrocinaron, venia á ponerlos á cubierto, tanto al presente como para el porvenir, de cualquier movimiento de indignación de las por ellos temidas clases trabajadoras.

¡Trabajo y religión! dijeron los poderosos y apres-

taron sus capitales, que invirtieron en crear centros católicos, que llamaban de obreros, con lujosas bibliotecas y profusión de ornamentos y recreos, bajo la dirección del poder eclesiástico, cubriendo al propio tiempo nuestra hermosa localidad de las mismas órdenes religiosas expulsadas en 1835 por la Corona, aumentada con nuevas asociaciones también religiosas, á las cuales alojaron con extraordinario lujo y abundancia en los mismos locales que ocuparon las órdenes extinguidas y en otros nuevos labrados á expensas de los que quieren, sin creerlo, redimir á los obreros del hambre á fuerza de rezos y predicaciones evangélicas.

Allí, en esos centros, se exigen al pobre trabajador, que acude á ellos impelido por la miseria, todas las abdicaciones; se pone duro freno á su albedrío y á su iniciativa, y se trata á todo trance de monopolizar su conciencia, ni para redimirlo ni para mejorar su estado; muy por el contrario, solo se aspira á que no germinen en aquel espíritu atribulado ideas que pudieran perjudicar el indispensable sosiego, para continuar la explotación que á diario aumenta el bienestar de esas clases sociales privilegiadas.

¡Trabajo y religión! dijeron, y por más que hubo y hay exceso de religión, nadie ha visto obra ó fábrica alguna donde sea tan constante el trabajo que viniera á remediar la precaria situación de los obreros. Empero hemos de decirlo. Culpa y no escasa por cierto, cabe á nuestros jornaleros en la desgracia que los affige.

Si al igual de lo que hacen en otras localidades, eligieran hombres identificados con las necesidades que los affige y los elevaran á los cargos municipales y provinciales, tendrían en aquellos centros administrativos quien levantara la voz en defensa de los intereses de tan honrada clase, evitándose se despilfarraran en cosas inútiles esas sumas con las cuales fácil era dar ocupación constante al pueblo obrero.

Aun es tiempo. La renovación de aquellas corporaciones ha de efectuarse en breve á causa del cambio político que irremisiblemente habrá de sobrevenir. Si entonces el pueblo acude á los comicios con su candidatura propia, su triunfo será seguro; y la acción ejercida por los hombres que para aquellos cargos designe, forzosamente saludable para los intereses de todos y fértil en resultados que los obreros serán los primeros en recojer.

X X X.

IMPRESIONES

La voladura de *El Maine*, ocurrida casualmente en la bahía de la Habana, ha producido profunda impresión en todo el mundo, dando nuevo giro á los *canards* de *jingos* y laborantes. Esto, después de sus *caritativas* campañas en favor de los insurrectos cubanos y de sus trabajos perturbadores con motivo de la carta del Sr. Dupuy de Lome, hacen hoy un *tour de force* por arrastrar al gobierno y á la opinión norte-americana hacia la idea de que la desgracia que todos lamentamos, es natural consecuencia de un acto vandálico y criminal de los españoles, á los que presenta la prensa laborante como un pueblo de bandoleros.

La conducta de nuestros marinos, de las autoridades y del pueblo habano; la proverbial hidalguía y nobleza de los españoles y lo innecesario de ese acto brutal para la defensa de nuestra bandera, constituyen la más cumplida contestación á los absurdos de

los filibusteros, que nos juzgan siempre por la miseria y bajeza de sus intenciones.

Lo mismo que España piensa el elemento oficial de los Estados Unidos, y, por lo tanto, no es factible una complicación entre ambos gobiernos, á pesar de que para ello se viene trabajando por los separatistas, que ven su causa perdida ante el vigoroso empuje de nuestros soldados y ante las libertades y derechos que concede el régimen autonómico á todos los que quieren vivir bajo la sagrada tutela de la madre España.

**

Los problemas antillanos y la tirantez de relaciones con la gran república americana, no han sido obstáculos para que remita la fiebre de candidatos que, según un colega, ascienden á 1.500. El gobierno tampoco ha cesado en su indecorosa tarea de preparar la falsificación del sufragio electoral, y raro es el día en que no llama á Madrid á un gobernador para darle especiales instrucciones que sirvan para sacar triunfante á un niño *gótico*, *encasillado* por el Sr. Capdepón, gracias á las influencias de algún célebre alcalde de monterilla.

Como consecuencia natural de esta intrusión del poder ejecutivo en la formación de los factores constitutivos del futuro parlamento, viene sufriendo el país una profunda perturbación en su vida administrativa; pues raros son los municipios respetados por los *poncios*, y, como es lógico, estos centros solo se ocupan en preparar la máquina electoral, olvidándose del cumplimiento de sus deberes y de velar por la defensa de los intereses de los pueblos.

Mucho prometen hacer las oposiciones para purificar las costumbres políticas de nuestro pueblo, evitando el triste espectáculo que hace años viene dando España, donde la opinión pública cambia á la par que los gobiernos de la monarquía, y donde los representantes en Cortes hacen gala de pertenecer á los Consejos de las empresas ferroviarias y marítimas, de las cuales cobran pingües sueldos anuales por defender sus monopolios y por cubrir habilmente las infracciones legales que cometen.

Balance político

Apesar de los pesares, es decir, no obstante que las infinitas contrariedades que pesan sobre los españoles, debían preocuparnos como para no pensar en fiestas ni en jolgorios, todavía los de Carnaval han ejercido bastante influencia, para distraer la atención general de los graves problemas que se plantean en nuestra pizarra política.

**

Pero así y todo, no han faltado los que apartándose de semejantes trivialidades han tenido fija la atención durante los pasados ocho días en la voladura del «Maine» y en las consecuencias que la expresada catástrofe pudiera ocasionar dada la mala fé de los *gingoistas* y la probada actitud hostil para con nosotros, del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos.

**

Afortunadamente en la presente ocasión, tanto nuestro gobierno como el general Blanco, han llevado este asunto con el necesario tino, como para que haya dado por resultado la prueba indudable de que la catástrofe del crucero americano fué completamente fortuita; prueba innecesaria para el mundo civilizado.

que conoce á fondo nuestra hidalguía y nuestra caballería, pero precisa por desgracia, para *determinada* clase de nuestros enemigos.

**

Además de lo anterior, que constituye la nota saliente de la última semana, el decreto de disolución de las actuales Cortes (que según leemos será firmado antes de terminar la presente) ha sido y es el tema de todas las conversaciones, y ocasión para que vuelvan á agitarse las ambiciones de los políticos que aspiran á calzarse actas, tanto en Cádiz, como en las otras provincias españolas.

**

Y como para el día de la salida de nuestro próximo número, habrán llegado aquí á punto verdaderamente de caramelo, los enjuagues en este sentido y los tratos y contratos entre la troupe dominante y los aspirantes á las expresadas prevendas, para entonces nos reservamos dar á nuestros lectores cuenta detallada de las últimas noticias; porque lo que es hoy, suben y bajan las probabilidades de los aspirantes, con la facilidad de los fondos públicos hasta tal punto, que el que ayer, por ejemplo, se encontraba con el acta asegurada (Jimenez Mena por ejemplo) resulta hoy con un palmo de lengua fuera y tan desconsolado y mústio como la careta que por inspiración de otro candidato (el Sr. Agacino) han tenido el mal gusto de colocar los señores de la Comisión de Fiestas, para las pasadas y aguadas en un sitio principal de la plaza de San Antonio.

**

Verdad es, que si la careta en cuestión, es cara mala y de oportunidad dudosísima, en cambio, resulta un *servicio* más á Cádiz del señor Agacino, que unido á los que le prestó con motivo de aquellos célebres artículos sobre la Matanza de Cristianos, forman ya una hermosa corona como para asegurarle el triunfo.

**

En medio del entusiasmo oficial carnavalesco local nacido en el caldeado caletre del Sr. Guerra Jimenez, y amasado entre parches, bombos, platillos y botafueros contra sus propias narices, por inconmensurable turba de sus admiradores, no pudo menos que caer como una bomba, la nueva jeremiada ó lamentación, que anticipándose al tiempo de cuaresma, lanzó á los vientos de la publicidad, en uno de los días de la anterior semana, uno de los grandes periódicos de la capital, defensor hasta entonces en Cádiz de la política del señor Silvela.

**

A nosotros mismos, que ya estamos curados de espanto y casi petrificados por infinitas circunstancias para no causarnos mucha sensación ningún acontecimiento, por *gordo* que este sea, no pudo menos que causarnos efecto la cosa, y tanto que sin poderlo remediar, nos acordamos en seguida de aquello de

¡¡Gran Dio, morir si giovane io che ho pena to tanto!!

**

Pasados los primeros momentos y un tanto tranquilos, recordamos que hace ya bastantes meses, se nos ocurrió, que ese resultado poco más ó menos, iba á ser el que obtendrían los que, cándidos como palomas ó codornices sencillas, habían creído que el caballero de la daga (hoy putrefacta) era de distinta madera que otros políticos de sobra conocidos.

¡Toma tripitás!

NUESTRA ORGANIZACION

JUNTA MUNICIPAL DEFINITIVA DE FUSION REPUBLICANA DE LA VILLA DE ROTA

En la villa de Rota á 16 de Febrero de 1898. Reunidos los que suscriben por invitación del ciudadano José Pacheco para la elección de la Junta Municipal de Fusión Republicana, celebrándose dicho acto en la calle Gravina número 10, con la asistencia numerosa del partido y la presencia de la Comisión provincial, resultaron ser elegidos los ciudadanos siguientes: José Pacheco Patino, Juan Lopinto Mateos, Juan Laines Pacheco, Francisco Pacheco Mateos, Juan Lopez Marrufo García, José Villalba Segura, Manuel Laines Pacheco, Juan Durán Bolaño, Juan Lopez Bernal, José Moreno Manzanero, Juan Sanchez Puyana y Antonio Real Marrufo.

Procediéndose en seguida á la elección de cargos, resultaron elegidos los siguientes:

Presidentes honorarios, ciudadanos José Marengo y Gualter y Miguel Morayta.

Presidente efectivo, José Pacheco Patino.

Vicepresidentes, Juan Lopinto Mateos y Juan Laines Pacheco.

Secretarios, Francisco Pacheco Mateos y Juan Lopez Marrufo García.

Vocales, Manuel Laines Pacheco, Juan Durán Bolaño, Juan Lopez Bernal, José Moreno Manzanero, Juan Sanchez Puyana, José Villalba Segura y José Real Marrufo.

Representante en la Junta provincial, Antonio Carrillo Cárdena.

Dándose inmediatamente posesión de sus cargos á dichos ciudadanos, habiendo hecho uso de la palabra don José María Rioseco y don José María Milego, los que con su elocuencia sublime fueron calurosamente aplaudidos por el numeroso público que concurrió al acto. Con lo cual se dió por terminada la sesión acordándose enviar copia certificada por duplicado de la presente, á la Junta provincial de lo que certifico.— El Secretario, Francisco Pacheco Mateos.—V.º B.º El Presidente, José Pacheco.

CÓMO Y POR QUÉ SE PERDIERON

LOS REINOS HISPANO-AMERICANOS

Una de las grandes dificultades con que ha tropezado y tropieza nuestra política colonial consiste en el retardo con que se aplican las leyes y las disposiciones de todo género que aparecen en la *Gaceta de Madrid* para satisfacer la opinión justiciera de la península y las exigencias de puro carácter moral, pero de una fuerza indiscutible, de todo el mundo culto, bastante atento desde hace algún tiempo á lo que ocurre en las colonias españolas.

Al lado ó si se quiere después del retardo aludido, hay que poner la falta de lógica con que frecuentemente se hacen y redactan los reglamentos para la aplicación de las leyes coloniales en Ultramar; y por último la manera, por regla general poco satisfactoria, con que las leyes más expansivas y plausibles se cumplen por parte de nuestras autoridades.

Todo esto es muy viejo. Los que conocen mediana-

mente nuestra historia colonial saben muy bien de qué deplorable manera se cumplieron en América las excelentes *Leyes nuevas* de Carlos V sobre los indios, la servidumbre de éstos y las encomiendas. Es notorio que la mejor y más sustanciosa parte de nuestras famosas *Leyes de Indias* fué bastardeada y casi anulada en la práctica, sobre todo en el curso del siglo XVIII, al punto de que respecto de cierto particular celebradísimo por los que solo de oídas hablan de estas cosas, pudiera escribir el duque de Linares, virrey de México, frases tan elocuentes como las que siguen: «Si el que viene á gobernar este reino, no se acuerda repetidas veces de que la residencia más rigurosa es la que se ha de tomar al virrey en su juicio particular por la Majestad Divina, puede ser más soberano que el Gran Turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite ni practicará tiranía que no se le consienta.» No necesito decir cuales fueron los motivos de la resuelta y admirable actitud del marqués de la Sonora, primer ministro universal de Indias, á fines del siglo pasado, y de qué manera su justamente celebrada Ordenanza de Intendentes y otras Reales cédulas por el estilo, promulgadas entonces para evitar el visible é inmediato derrumbamiento de nuestro imperio colonial, fueron rectificadas en la práctica por la malicia, la preocupación ó la rutina, produciéndose todo género de corruptelas que abrieron el camino á las insurrecciones americanas de principios de este siglo y de los últimos del anterior, realizadas, unas veces, por los indios y otras por los blancos, pero no todas perfectamente previstas en el celeberrimo Informe de don Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, que corre con el nombre de «Noticias secretas de América» ó por el ilustre Humbolt, que en 1811 y después de haber visto por sus propios ojos los países americanos, publicó su conocido «Ensayo político sobre el reino de Nueva España.»

Hace ya cerca de veinte años yo publiqué un pequeño trabajo titulado *La pérdida de las Américas*, con el propósito de rectificar la especie muy divulgada de que las libertades concedidas por el gobierno español á los reinos de América en los comienzos del siglo XIX, fueron la causa de la emancipación de aquellos países, y creo haber demostrado con citas legales indestructibles, con hechos de absoluta evidencia y la opinión de autoridades como Florez Estrada, el diputado Urquinaona, el fiscal Costa y Gali, el historiador Gervinus y hasta D. Agustín Argüelles y el conde de Toreno, decididos adversarios de los liberales americanos, que sobre no ser cierto que en América se hicieran determinadas reformas, y mucho menos las reclamadas como urgentes para calmar el descontento de aquellos países y desbaratar las conspiraciones urdidas bastante tiempo antes y en pleno absolutismo, se dió el caso de que las reformas más satisfactorias se aplicaran tardíamente, y luego se suspendieran, siendo, por regla general los encargados de hacerlas efectivas, las autoridades y los elementos que se habían caracterizado hasta entonces por la oposición más decidida á toda modificación del viejo *statu quo*.

RAFAEL M. DE LABRA.

ALGO DE MILICIA

¿Revisión de las hojas de servicio...?

Corrían los primeros años de la Restauración borbónica, que desgraciadamente sucedió en nuestra his-

toria contemporánea á aquellos hermosos tiempos de la gloriosa Revolución de Septiembre y de la instauración de la República española, y hacia poco tiempo que el ejército liberal había vencido en su segunda campaña á las huestes del otro borbónico apellidado Carlos Chapa, cuando fué creado un periódico militar, que alcanzó grandísima popularidad y prestigio, tanto entre el elemento armado, como entre las clases sociales y políticas.

Era dicho periódico *La Correspondencia Militar*, y se redactaba por gente entonces moza y de grandes alientos democráticos y aun republicanos. Su director y fundador fué Emilio Prieto y sus redactores Jacinto Hermúa, Ordax AVECILLA, y algo después Federico Madariaga (más tarde relapso) y otros.

De las columnas de aquella publicación, en la que colabora la flor y nata del Ejército y Armada, salían raudales de democracia y libertad; que eran acogidas con avidez y como rocío bienhechor en el campo de la milicia, viniendo á desbrozar en él las malas semillas brotadas por el único periódico profesional que antes existía, *El Correo Militar*, que en vez de defender los intereses del ejército, sólo atendía á hacer política reaccionaria y á defender el absurdo principio *in re militare* de «cartuchera en el cañón», por lo que se había enajenado por completo las simpatías del elemento armado.

Uno de los principales fundamentos de ese movimiento repulsivo hacia el periódico citado, fué el haber enarbolado á *outrance* la pérfida bandera de *revisión de las hojas de servicio*, que traducido al lenguaje de la verdad, por más que se tratase de encubrirlo con artificiosos sofismas, era este inicuo dilema: ó hacer profesión de fe alfonsina, ó caer rodando para hundirse en el ostracismo.

Una de las campañas más rudas y con mayor vigor y tesón sostenidas contra aquel órgano reaccionario por la entonces pujante y democrática *Correspondencia Militar* (también relapsa y entregada al borbonismo desde que entró en nuevas manos), fué la emprendida y al fin ganada victoriosamente contra la revisión de hojas de servicio en el ejército.

Pues bien; cuando ya todo general, jefe ú oficial creía verse libre y descansar tranquilo respecto á esa emponzoñada idea; cuando todos creían que aquel perverso procedimiento iniciado desde el campo alfonsino con subrepticios propósitos de volver á los tiempos de dividir en «purificados» é «impurificados» á los que desde la milicia sirvan al Estado, á la nación y no á ninguna dinastía, cuando en todas las carreras, merced á las conquistas del nuevo estado jurídico, se ha conseguido ó se va consiguiendo el que sean respetados y asegurados los principios de justicia, de equidad y de respeto á los *derechos legítimamente adquiridos*; cuando menos era de esperar, en una palabra, viene hoy á amenazar á tan merecedoras como dignas clases sociales esa á modo de «espada de Damocles», que indefectiblemente ha de robar la paz á los espíritus y ha de traer, si se lleva á cabo, una perturbación grandísima y ¿quién sabe? si una conflagración en el ejército.

Pocos, muy pocos son los que hasta hoy se han podido apercebir de cuanto se trama en ese sentido, porque ahora la iniciativa ha surgido de lo alto y los trabajos se llevan con gran sigilo.

Sin embargo, por más velada que se tenga la labor que á ese fin se encamina, háse traslucido ya que el primero y más decidido inspirador de tan injusto y reprobado sistema, es el ministro de la Guerra y para ese objeto, y á fin de darle todas las apariencias de

justificación á un tan descabellado intento, se creará una junta magna, que tendrá por presidente al mismo ministro de la Guerra, vicepresidentes á los presidentes del Consejo Supremo de Guerra y Marina y de la Junta Consultiva de Guerra; vocales, varios tenientes generales con más la información de todos los comandantes en jefe de cuerpo de ejército, y secretario, el subsecretario de Guerra.

CLARIN DE GUERRA.

(Se continuará.)

ENSEÑANZAS

El pueblo español se encontraba sumido en la mayor desgracia, había sido conducido á la más espantosa anarquía por los desastrosos Gobiernos de doña Isabel II, que sin cesar se sucedían sin encontrar remedio á tan graves males como affigían á la nación, y si bien es cierto que sufrió por largo tiempo tantos desmanes con cierta resignación, confiando en que la libertad y el progreso se impondrían al fin y traerían días más felices, cuando el pueblo pordió estas esperanzas, hizo ruidosas protestas que se manifestaron por frecuentes pronunciamientos, y cuando adquirió la convicción que la libertad y el progreso eran incompatibles con aquella monarquía, organizó la gloriosa Revolución de Septiembre que derribó un trono y una dinastía.

Había sucumbido la dinastía de derecho divino, y posteriormente se ensayó la constitucional de derecho popular, eligiendo al efecto las Cortes Constituyentes un rey perteneciente á una nueva dinastía; la dinastía de Saboya. Pero surge la división y crece la discordia entre los mismos partidos que habían hecho la famosísima Revolución, y comienza una lucha titánica por parte de todos que hace los momentos críticos y agrava los males de la nación, de tal modo, que el augusto, noble, fiel y caballerosísimo monarca D. Amadeo de Saboya, se declara incapaz para remediar nuestra desgracia, haciendo formal renuncia de la corona que ceñía y las Cortes asumen en sí el poder supremo y la Soberanía Nacional.

Ante tan crítica situación, la minoría republicana hace un último esfuerzo, se une en apretado haz y propone y defiende la proclamación de la República con tantos bríos, con tal entusiasmo, con tanta convicción, que aquella monarquía se derrumba, y el insigne Castelar reasume el hecho con estas elocuentísimas palabras.

«Con Fernando VII murió la monarquía tradicional; con la fuga de D.^a Isabel II, la monarquía parlamentaria; con la renuncia de D. Amadeo de Saboya, la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella, ha muerto por sí misma; nadie trae la República, la traen las circunstancias, la trae una conjuración de la sociedad, de la Naturaleza y de la Historia. Señores, saludémosla como al sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra patria.»

Inmediatamente es proclamada la República española por 285 votos contra 32, sin efusión de sangre, sin violencias, sin graves catástrofes; y este cambio de una forma de gobierno tradicional por otra popular así realizado, prueba de la manera más clara y evidente, que los republicanos con su incesante lucha habían sabido inspirar gran confianza á todas las clases sociales, y demostrado palpablemente que sólo en la República estaba la salvación de la libertad y de la patria.

Al conmemorar hoy, después de un cuarto de siglo, tan fausto acontecimiento, debemos los republicanos todos estudiar las causas y los efectos que lo produjeron y deducir provechosas lecciones para el porvenir.

¿Que había precedido á tales acontecimientos? ¿Qué medios pusieron en práctica los republicanos para alcanzar tan señalado triunfo?

El partido republicano español existía desde mucho antes de estallar la revolución de Septiembre, á cuyo triunfo coadyuvó; pero aún no era lo suficientemente fuerte, cuando no consiguió entonces la proclamación de la República y se formó un Gobierno provisional que demostró con sus hechos que muchos de sus hombres habían arrojado á los Borbones del trono para convertirse en árbitros de la nación, no porque tuvieran fé en los ideales republicanos. Pero gracias á las libertades entonces concedidas, el partido republicano se concentra y organiza, comienza una activa propaganda, lucha en las elecciones, acude á las Cortes, lleva á ellas una pléyade de hombres ilustres y oradores fogosos que crean dificultades insuperables á los Gobiernos de la Regencia, en cuyas manos peligraba la libertad, que inspeccionan y censuran acremente sus actos, que ponen de manifiesto al país las torpezas de los que desatinadamente dirigen la nave del Estado, y, por último, ponen fin á aquella interinidad y, posteriormente, á la dinastía de Saboya, que se derrumba ante la fuerza de las ideas republicanas, que todo lo avasallan.

La unión, pues, de los republicanos, trajo como consecuencia una activa propaganda de los ideales que formaban nuestro credo político, y esta propaganda depositó en las clases populares tales semillas de libertad que, al germinar, produjeron una rápida transformación de las ideas, y con esta transformación un cambio radical en las costumbres políticas del pueblo, que lleva á las Asambleas á lo más florido del partido republicano, para que allí luche continuamente con las ideas viejas y con las instituciones caducas, y eleve sobre sus cimientos otras más en armonía con el espíritu moderno y con la dignidad humana.

Ahora bien; si los republicanos hubieran gastado el tiempo en señalar las divisiones que los separaban, en ahondar las diferencias que entre ellos existieran, y hubieran escuchado la voz de los intransigentes que aconsejaban el retraimiento y la revolución armada, ¿hubieran alcanzado tan señalado triunfo? De ningún modo. Así lo comprendieron y acudieron unidos á las urnas para demostrar su poder y valimiento, y por este medio consiguieron ceñir la corona de la victoria, haciendo que entre los mayores entusiasmos fuera proclamada la República española el 11 de Febrero de 1873.

Grandioso espectáculo el que ofrece la representación nacional, grandioso espectáculo el que ofrece al nacer aquella República que encarna en sí todas las nobles aspiraciones de un pueblo heroico; pero este espectáculo es poco duradero; las pasiones rugen poco después con desenfreno, sobreviene la lucha que fracciona el campo republicano, y de estos disturbios se aprovechan los traidores para poner fin á aquella honrada República y disolver sus Cortes por la fuerza de las bayonetas, que posteriormente nos impone el régimen vergonzoso de la restauración en que vivimos.

Deduzcamos, pues, enseñanzas: la unión del gran partido republicano, trajo como consecuencia la proclamación de la República; al cesar aquella comenzó la guerra y el desorden incompatibles con esta y mu-

rió apenas nacida. Y ante consideraciones de esta índole ¿podremos los republicanos permanecer en la inacción, distanciados é imposibilitados para intervenir en las contiendas monárquicas y para en caso preciso salvar la libertad y la patria? ¿Podremos aceptar el retraimiento en la próxima contienda electoral? Imposible; si tenemos fé en nuestras ideas, si queremos la República, es preciso que olvidemos todas antiguas querellas y rencillas, que prescindamos de las ideas que nos separan para defender las que nos son comunes, que nos unamos en fraternal abrazo y pongamos en práctica cuantos medios estén á nuestro alcance y aconsejen las circunstancias para combatir á la monarquía, que es también nuestro enemigo común. Acudamos sin dilación al campo de la Fusión republicana, donde hombres eminentes nos esperan para comenzar la nueva cruzada contra la restauración al grito de «¡Viva la República!» y juntos los republicanos todos tremolemos la bandera sacrosanta de la República y de la patria, llevando á villas y ciudades las nuevas ideas que constituyen nuestro credo político, y á su impulso se derrumbará la monarquía y se alzará triunfante la República española.

José R. RUBÍO.

San Clemente y Febrero del 98.

LA CARETA

Entre las varias consideraciones á que nos dá lugar la vista de una careta, está la de ocurrirnos cuán distinta será de la exterior, la que vá interior ó cubierta.

Una careta que representa la cara de una horrible vieja, cubre por ejemplo, el lindísimo rostro de una joven de veinte abriles.

Por el contrario, vemos una careta de facciones perfectamente modeladas, color sonrosado y terso cutis. Se esconde bajo de ella una piel arrugada, de morenísimo color y facciones irregulares. Asustaría á todos los chicos del barrio si en un momento dado descubriera la careta original, la suya propia.

Otra careta nos representa á un señor sumamente serio, grave y circunspecto, tipo de la más correcta formalidad. Bajo de ella, tras de la cara de cartón, se cubre el más embustero, informal y trapisondista de todos los nacidos.

Viene después una de esas que solo al verla, produce la hilaridad de todos los presentes; resulta con una risa tan provocativa é incitante que hace reír á todos con ganas ó sin ellas.

Mirad la cara verdad, la que el cartón encubre, y os encontraréis con la de un caballero particular viejo ó joven, feo ó buen mozo, que para hacerle siquiera sonreír necesitaríais apelar á todo el repertorio de vuestras buenas ocurrencias y catálogo de chistes reservados.

Veis otra que representa el más característico juez togado. Bajo de esa cara de cartón está la del estúpido más completo que imaginarse puede.

Y bajo de otra representando al mayor de los ignorantes, casi idiota, la del pillo más redomado del Universo.

Inacabable sería el enumerar la serie de caras de cartón ú otra materia, que en la época carnavalesca se nos presenta en todas partes, mejor ó peor confeccionadas. Ellas nos sugieren la reflexiva idea de que la careta existe todo el año. Se la llama únicamente cara; tal vez porque en efecto es cara carísima, en no

pocas y determinadas ocasiones y por varios y distintos conceptos.

Se dice vulgarmente. «La cara es el espejo del alma.» ¡Cá! Error crasísimo. La cara dice lo que el que la lleva sobre sus hombros, quiere y le conviene que diga.

En muchos no es más que una careta de carne y hueso que en los días de Carnaval se cubre con la de cartón para proporcionar descanso á la que trabaja en todo el año completamente al descubierto.

Esa verdad, esa sinceridad y buena fe reside, si, en el alma, en el corazón, pero no siempre podemos juzgar respecto de esos nobles y hermosos sentimientos, por las manifestaciones que en el rostro aparecen.

Máxime si no damos con tontos.

Por eso dijo un poeta, que

Si el alma un cristal tuviera

(como cierto Dios quería),

menos traiciones hubiera.

Pues cada cual temería

que su infamia se supiera.

E. CARISOMO.

VARIEDADES

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Sobre un empinado cerro, al pié de fuerte castillo, y desde las azoteas de un ancho caserón, estaba un quidam mirando hácia el valle que á lo lejos, y á vista de pájaro descubría.

Allá, en lo más hondo, se hallaba un segador amontonando sus haces junto al respiradero de una mina.

Y como el viento sopla en las alturas y se cuela sutilmente por los oídos... el de arriba, un tantico aventado, decía:

«¡Qué pequeños son ante mí los hombres que hormiguean por el llano! Aquel de la hondonada es tan pigmeo, que apenas le distingo, ¡Ya se ve! ¡Como soy tan alto! El pobre se comparará conmigo, y se dirá: «¡Qué señorón tan grande!»

Sabido es que los humanos, al medir su elevación, no suelen tomar en cuenta la del pedestal á donde los encarama la intriga ó los empina la fortuna.

Cuando más engreído estaba el señorón con su grandeza, cádate que sintió hácia el cogote una humedad extraña. Llévose prontamente la mano al cerviguillo, y con mayor prontitud la sacudió, exclamando: «¡Qué porquería!»

Era que desde la torre del castillo un personaje más empingorotado, para significarle su desprecio, le habia escupido encima de la nuca, como quien dice: «Allá va eso para su alteza».

Pequeñeces de los grandes, ó más bien de los engrandecidos, que al subir á un alto puesto escupen ó miran por encima del hombro á los que dejan un poquito más abajo. Como si no supiéramos todos que allá mucho más arriba... los primeros serán los últimos, y ésto para castigo y humillación de los soberbios.

—¡Qué insolencia!—prorrumpió el del terrado, dirigiendo al de la torre una mirada de odio.—Deja, deja que yo suba, y verás si te hago escupir los dientes.

—¡Já, já, já! ¡Facilillo es eso!—decía el encastillado,—creyéndose al abrigo de cualquier tentativa.

Pero al asomar la cabeza ¡patapúm! ¡zás! se le vino encima un peso que á poco le acogota.

¿De dónde podía venir aquel imprevisto y oportuno golpazo? Fácilmente pudo inferirlo... un globo se balanceaba en el espacio... En la barquilla elevábase un intrépido aeronauta, y éste se había entretenido en arrojarle desde las alturas uno de los talegos de arena y casquijo que llevaba por lastre.

—¡Vagabundo! ¡Tunante! ¡Aventurero! ¡Quién fuera buitre para sacarte los ojos!—gritaba el de la torre desgañándose;—mientras el del globo, sin hacer caso, iba subiendo, subiendo y ensanchándose al ver que tenía bajo sus pies al mundo entero.

A todo esto el labrador, mirando á los de arriba, figurábase que por aquellas alturas todo era tortas y pan pintado. Envidiaba al del globo su extraordinaria elevación; al de la torre su predominio, al del terrado su comodidad.

—¡Con qué descanso toma el fresco!—decía refiriéndose al más vecino... ¡Qué á gusto me hallaría yo sentado en su azotea! Por esta ondonada no corre un pelo de aire... ¡Por allí sopla de lo lindo! ¡Así están repartidos los bienes y los males! Para los de arriba las anchuras, el mando, los honores, las comodidades, el lujo y los placeres; para los de abajo, la estrechez, la servidumbre, los desprecios, las privaciones, la indigencia y los trabajos. ¡Y luego extrañarán que yo les envidié la suerte! Lo extraño fuera que alguno envidiara la mía.

—¡Bienaventurados, los que se calientan al sol! ¡Dichoso el que pisa las yerbas del campo!—exclamó repentinamente un hombre que trabajaba dentro de la mina.

—¡Válgame Dios! ¡Y con qué poco se contenta mi vecino!—prorrumpió el labriego acercándose á escuchar el soliloquio del minero. Este decía:

—¡Triste cosa es vivir con los topes, debajo de la tierra! En estas profundidades estoy como encerrado en un sepulcro, y hasta el aire que se respira huele á muerto.

—¡Pobrecillo! Tiene mucho razón—dijo el oyente, olfateando la boca de la mina.—Esta boca es más oscura que la de un lobo. ¡Y despidе un aliento que apesta!

—¡Qué diferente vida para el campesino!—decía el otro, cansado de hacer siempre una misma cosa.—En la variedad está el gusto, y sus tareas son tan variadas, que no le dan lugar á fastidiarse. Ya labra el surco, ya siega los trigos, ya recoge las espigas, ya extiende la parva y maneja el biello, ya sube al trillo y se pasea como un señor en su coche... Ya coje la pala y ¡zás! allá van los granitos bailando por un lado y la paja menuda por el otro. De veras lo digo: ¡Si yo fuera labrador no cambiaría mi suerte por la del Papa!

—¡Oiga!—Exclamó el labriego.—¿Con que tan dichosa es mi suerte? ¡Y yo no lo conocía! ¡Este hombre acabará por convercerme de que soy un majadero! Desde ahora, en vez de compararme con los de arriba, me compararé con los de abajo, y daré gracias á Dios por que me ha colocado en medio de los unos y los otros.

Al decir esto, miró al cielo y vió que las nubes se habían ido ennegreciendo, el sol estaba eclipsado, las aves aturcidas revoloteaban casi á flor de tierra; oyóse un ruido lejano, y de improviso estalló la tormenta.

El globo, sacudido por encontrados vientos, amenazaba rasgarse, y el hombre que se había remontado en él, de muy buena gana hubiera cambiado su elevadísima posición por la del humilde operario de la mina.

Una sierpe de fuego hendió los nubarrones y des-

hizo el globo. La incendiada barquilla rodó por el vacío, y el aéreo navegante cayó en los derrumbaderos de la montaña.

El rayo hirió también la torre y al que estaba empinado en ella. Una de las desquiciadas piedras fué á caer encima del terrado, hiriendo mortalmente al hombre que allí estaba.

El segador, al ver aquello, santiguóse, agachó la cabeza, y aunque no pudo salvarla del chubasco, dióse por muy bien librado, á costa del susto y de la mojadura; pues, como él decía, el agua no rompe los huesos y en llegando al pellejo escurre.

Cuando el minero llegó á saber que la tempestad había pasado por encima de su cabeza, ya el sol había enjugado los haces y la ropa del campesino...

No envidien los de abajo á los de arriba: las grandezas del mundo se pagan á tanto el metro; los peligros, los azares y los destronamientos sirven de numerario... La felicidad huye del ambicioso que la busca en alto puesto; más fácil es hallarla en el fondo de una conciencia pura. Vivir contento en el estado más humilde; conformarse con la voluntad de Dios, hé ahí el gran secreto de la filosofía. Ella nos dice que cuanto más alta es una torre más cerca está del rayo.

Consuélense los pequeñuelos del mundo; en sus revueltos mares suelen irse á pique los navíos y salvarse las chalupas de la costa.

Alvaro Caballero.

MURMULLOS

El Clarinete de Rios, fantaseando, con motivo de unos dimes y diretes con *El Renacimiento*.

«...pero también hemos repetidas veces manifestado que la opinión pública nos merece más respeto, por que el partido liberal vive de ella, de ella se nutre, y á ella responde en todos sus actos...»

¡Qué ha de nutrirse el partido liberal, sobre todo el gaditano, de alimento tan poco sustancioso para él!

¡Si hubiera dicho de los presupuestos provincial y municipal (Aldazabal tiene la palabra) y de otras gangas y momios parecidos, estaría en lo firme!

* *

Después de lo ocurrido en las oposiciones últimamente celebradas en nuestra Basílica, con motivo de la Canongía que obtuvo el Sr. Belmaño por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, claro es que ya no puede llamar la atención cualquier cosa gorda que ocurra en ninguna clase de oposiciones y certámenes en el orden civil.

Decimos esto, por lo ocurrido en nuestro Ayuntamiento el día 2, con motivo del Certamen anunciado para dar un premio á la comparsa que mejor cumpliera con las condiciones prevenidas de antemano.

Solo se presentaron dos, temiendo que la labor resultaría inútil, toda vez que se decía públicamente estar ya designada la que había de calzarse el codiciado premio.

¡Lo que es el ejemplo!

* *

Como nunca queremos aparecer nota discordante, siempre que se invoquen los intereses de Cádiz, nos hemos impuesto prudente reserva y no hemos dicho ni una palabra en contra de esos disparatados festejos de Carnaval, que tantos miles de duros han costado al pueblo y sin que la utilidad haya correspondido á los sacrificios.

Hoy que casi han pasado y no puede nuestra humilde opinión servir de rémora ni pretesto, y de cabeza de turco, en el caso de que el éxito hubiese coronado la obra del Sr. Guerra, diremos con toda la fuerza de nuestros pulmones, que los referidos festejos han costado un río de oro y que hubieran podido efectuarse sin ese derroche que no ha dejado tras de sí otra estela que el delicado gusto de varios artistas gaditanos y el recuerdo de una nueva iluminación eléctrica, del mejor gusto por cierto.

¡Ah! que se nos iba olvidando, ese engendro de la careta descomunal y feísima que para mengua de nuestro buen gusto ha lucido sus encantos en medio de la rechifla pública, gracias al cacumen del aspirante á diputado señor de Agacino.

Y no queremos decir nada de esos exagerados entusiasmos ciclistas, porque ni queremos ni debemos ocuparnos del asunto.

No es *La Correspondencia de España* el periódico que más acostumbramos ojear, por no cambiar con nuestro Semanario.

Pero cuando lo leemos, rara es la vez que no encontramos en él algún notición de verdadera *transcendencia*.

El de antes de ayer, fué de los que entran pocos en libra y verdaderamente *perforante* para los corazones; el del exámen *rigorosísimo* de geometría y trigonometría, que acaba de sufrir ante su familia y demás conspicuos palacios el niño de D.^a Cristina.

Allí del asombro del Sr. Ministro de la Guerra y del auditorio, cada vez que el niño contestaba alguna cosita referente á las preguntas que sacó á la suerte... y no vayan ustedes á tomarlo á broma.

El entusiasmo llegó á tal punto que no se oían más que murmullos entrecortados por la admiración ¡ah! ¡oh! y tanto que el General no pudo menos que exclamar: ¡Oh día venturoso para España!

Gracias sean dadas á *La Correspondencia* por habernos participado noticia tan *venturosa*.

Por telegrama publicado por el *Diario de Cádiz*, nos enteramos de que el gran Zola ha sido condenado á un año de cárcel y 300 francos de multa, y que fué escuchada la sentencia entre bravos prolongados.

Lo leemos y nos parece mentira!

Se ha publicado por la Alcaldía el edicto anunciando que el día 6 del próximo mes de Marzo se reunirá el Ayuntamiento, á las doce de la mañana, para dar principio á la clasificación y declaración de soldados.

Se encuentra enfermo de gravedad nuestro antiguo compañero en la prensa el Sr. Díaz y Sánchez.

Hacemos votos por su restablecimiento.

A la hora en que escribimos estos renglones, se estará celebrando la fiesta ciclista-aurina, iniciada por los compañeros en la prensa que nos honran en estos días con su visita á Cádiz.

Dado el benéfico objeto de la indicada becerrada, no dudamos que el éxito sea completamente satisfactorio.

Hemos tenido el gusto de recibir la visita de nuestro estimado compañero Sr. D. Eduardo Rosón, redactor de *El Progreso*, de Madrid.

Quedamos muy reconocidos á la atención.

Ahora salimos conque los ciclistas de Ecija, han publicado una protesta firmada por los señores Diaz, Garrido, Piñeiro, Custodio, Ostos y Morilla, en la cual protesta se dice, que la ya célebre «Estafeta Madrid-Cádiz», no pasó en su viaje á esta capital, por el trayecto de Ecija á Carmona, ni por el de Andujar y Córdoba.

También los ciclistas de Sevilla, en un comunicado inserto en *El Noticiero*, echan pestes de la estafeta y ponen como no digan dueñas á sus organizadores.

¡Anda, anda! y ¿qué dirá á todo esto Juanito Pedal?

Como nos habíamos figurado, el éxito obtenido por la comparsa «Frégoli» ha sido del todo satisfactorio, siendo unánime lo opinión de que ha sido de las que más han gustado en las pasadas fiestas carnavalescas. Nuestra enhorabuena.

Hablando un escritor militar inglés, que firma J. W. B., de los soldados europeos, al referirse al español, lo hace en los términos siguientes:

«Cuando se ve pasar un regimiento español, la primera impresión que asalta al extranjero que le contempla es la siguiente:

—¿A dónde van esos niños?

La vista de todos esos rostros más que juveniles, infantiles, imberbes, generalmente pálidos, con algo de enfermizos, produce un efecto singular.

Pero cuando uno separa la atención de los semblantes para fijarla en el conjunto, exclama:

—¡Qué admirablemente marchan esos hombres!

Y en efecto: no puede darse, según un vocablo español muy apropiado y muy pintoresco, mayor *martialidad*.

El paso del soldado español, el andar de un regimiento, ofrecen una precisión matemática irreprochable y al mismo tiempo airosísima; no es la rápida, pero pesada marcha automática del regimiento alemán que recuerda el movimiento de una enorme máquina, no; es un andar perfecto al par que gallardo; de un carácter muy militar, respirando agilidad y donosura.

Cuanto á sus cualidades personales—prosigue mister W. B.—son de primer orden y no hay necesidad de recurrir á la historia para recordar lo que fué el soldado español y lo que seguirá siendo.

La raza continúa siendo inmejorable, y nada lo prueba mejor que lo que está haciendo todavía en Cuba y en Filipinas.

Ese pequeño soldado oculta bajo su apariencia frágil tesoros de energía física y moral. Su sobriedad legendaria, su resistencia que solo los árabes del desierto pueden igualar, su estoicismo incansable, la temeridad local asombrosa que sabe desplegar en los momentos críticos, hacen de él un soldado sin rival.»

Existe en Madrid, un periodista gaditano, entusiasta, por todo lo que se refiera á la prosperidad de su ciudad querida, y á quien siempre se ha encontrado dispuesto para todo, en cualquier ocasión en que se le ha ocupado; nos referimos al redactor de la *Correspondencia de España* D. Manuel Escobar y Garrido.

Pues bien: con ocasión de las pasadas fiestas, nadie se ha ocupado de él, olvidando sus pasados servicios.

¡Valiente ingratitud y bonito modo de proceder!